



EN LA ESCUELA "PIEDRAS BLANCAS".

Fotografía de Silvio Brignani. Del  
Estudio Juan Caruso.

Sobre un predio donado al efecto por el Sr. Batlle y Ordoñez, se levanta el local de la Escuela "Piedras Blancas", donde funcionan las escuelas números 59 y 119, más el Curso Nocturno. La semana anterior se realizaron los actos de fin de curso con un interesante programa, a cargo de los alumnos, perteneciendo esta nota a parte de los escolares de la Escuela número 59.



Depósitos de cantos rodados cerca del C° Perdido.



Tidal creek, bordeado de junco y de orillas barroas (slikke) afectado por las mareas (curso inferior).

# EL RIO SANTA LUCIA

## III

### MODALIDADES DE SU CURSO



Puente sobre el Paso del Potrero con el Santa Lucía en su curso superior (Lavalleja).

**P**RECISAR exactamente dónde nace una corriente fluvial resulta con frecuencia una tarea altamente difícil. En tiempo seco, los cauces están prácticamente desprovistos de agua; los manantiales tienen escaso débito o se anulan totalmente; los tributarios próximos a las cabeceras no contribuyen con caudal alguno. La divisoria de aguas, no cumple por algún tiempo con su función orientadora, porque simplemente, falta el agua...

Cuando sobrevienen las lluvias, y son intensas y duraderas, las "puntas" de ríos o arroyos cobran realidad. Las cabeceras se animan y reciben la contribución de los manantiales, de las aguas salvajes, del "sheet flow", y las aguas rezuman de los suelos empapados. Entonces la divisoria de la cuchilla orienta las aguas hacia cuencas opuestas.

El Santa Lucía sale de esa manera, de la Cuchilla Grande, la cual separa su cuenca de la del Cebollatí, hacia el cual corre el arroyo Barriga Negra, que tiene sus nacientes próximas al primero de los ríos citados. En esta porción de la mencionada cuchilla se eleva el cerro Pelado, esquistoso y adosado a la masa granítica de la cuchilla, elevándose a unos 370 m. sobre el nivel del mar. En el tosco cono de recepción, cuyo fondo ha sido en parte invadido por masas de suelo descendidas de las laderas próximas a través del lento proceso del "soil creep" (reptación o flujo del suelo), se establece en tiempo húmedo un verdadero bañado a consecuencia del agua que rezuma por doquier y surge de manantiales bastante persistentes. Pero aquí el río Santa Lucía es menos que una cañada, aunque un grupo de sarandíes colorados indica que el agua no falta en tiempos normales. Las laderas pedregosas están pobladas en cambio de coronillas, molles, talas y guayabo colorado.

El "aprendiz de río" se lanza a la aventura en forma resuelta cruzando terrenos graníticos ásperos y muy ondulados. Corre él, y además la lenta napa que lo alimenta en forma subterránea, y que tan efectiva resulta durante los veranos secos proporcionándole vitalidad.

Antes de alcanzar la poderosa doble masa riolítica de los cerros Arequita y del Cuervo, el río cruza terrenos esquistosos, donde las cuarcitas forman elevados y alargados cerros como el Perdido, colosal mole próximo al arroyo de igual nombre, el primer tributario de importancia de nuestra corriente fluvial. Esta se presenta muy irregular, con cauce angosto incluido en material resistente y lagunones de fondo repleto de cantos rodados. El monte indígena se hace cada vez más amplio, y muchos sarandíes y sauces marginan al Santa Lucía. Los sauces criollos (*Salix Humboldtiana*) llamaron la atención de Carlos Darwin, cuando el célebre naturalista cruzó esta región hace ya un siglo y un tercio. En aquella época, la ciudad de Minas era un pequeño pueblito, y las campiñas contenían muy poca población. Hoy las estancias, las viviendas de los agricultores, los caminos y carreteras, se ven por doquier. Muchas tierras están libradas al cultivo y el tráfico caminero es bastante intenso.

La riolita arequitense, de origen volcánico muy antiguo, constituye una barrera que prácticamente tiende a dejar quebrado el perfil del río, que con todo, provisto de



Afloramiento de lumaquelas fosilíferas del enterrriano, junto al río en las Brujas.

abundantes cantos y grava, ha conseguido abrirse paso a través de las rocas. El "nick-point" (o knickpunkte como dicen los alemanes) ha sido reducido y de su presencia queda un tramo de río bastante tormentoso. En pleno cauce surgen algunos bloques ciclópeos de pórfido descendidos de las laderas del cerro del Cuervo, y luego minados paulatinamente por las crecientes, que los han obligado a bajar cada vez más. Blanquillos y un notable conjunto de exponentes serranos se acercan a la corriente fluvial viéndose allí el canelón, el arrayán, la aruera serrana y la chirca de monte. Paredones rocosos del cerro antes citado amenazan hendirse y desplomarse hacia el fondo de la espectacular quebrada. Aguas abajo, el río ya no lleva cantos de gran tamaño, pero arrastra en las crecientes muchos rodados medianos, mucha grava y arena gruesa.

Los cantos pertenecen a las rocas más variadas y forman acumulaciones que el río debe contornear en el estiaje. Las orillas, unas veces son rocosas, pero también consisten en antiguas terrazas que la corriente ha segmentado en tiempos modernos. Antes de reunirse con el arroyo Soldado, y aguas abajo de su confluencia con el arroyo de la Calera, el Santa Lucía sale de la penillanura y de las serranías que la hacen pintoresca, y entra en la verdadera planicie, aunque todavía, entre la confluencia con el Casupá y el Latorre (la boca de éste se halla cerca de Fray Marcos), sufre la influencia de los afloramientos de rocas cristalinas. Pero luego reina el loess pampeano, quien junto con las viejas terrazas fluviales forma orillas escarpadas por espacio de muchos kilómetros. El río ha entrado visiblemente en su curso medio, y la obra de modelado de las riberas resulta demasiado fácil, ya que el agua desbocada en las crecientes ha abierto en más de una oportunidad nuevos caminos en aquella región de sedimentos blandos. Curiosos brazos secundarios o abandonados, islas creadas por divagación y ramificación, esteros, lagunas alargadas, "llanadas" muy planas, caracterizan aquella zona, y un tributario, el arroyo Vejigas, imita al río en esos aspectos y hasta lo hace con mayor variedad de formas.

Un gran rodeo del Santa Lucía, simula abrazar con su concavidad la tierra "canaria" de labriegos tenaces y silenciosos productores de riqueza. El suelo es fértil, pero los cultivos tal vez algo rutinarios lo han agotado en determinadas extensiones. Unido ya al largo Santa Lucía Chico, el río comienza a trazar una serie continua de grandes bucles, junto a los cuales se ven los que la corriente fluvial abandonó, dejándolos convertidos en curiosas lagunas alargadas. El monte indígena se amplía mucho y el río se ensancha también, y en Aguas Corrientes, donde ocurren capas de arenisca ferruginosa del Palacio, el Santa Lucía ya se halla en su curso inferior.

De la zona de divagación y de predominio del loess pampeano, nos ocuparemos en otro artículo. Pero recordemos que se trata de fenómenos similares a lo que en gran escala ha acontecido en el Hoang-ho, o Río Amarillo, de la China, y en escala menor en los ríos pampeanos, cuya antigua red ha sido reconstruida en forma magistral por Alfredo Castellanos. Al Norte de San Ramón, un brazo bordeado de monte natural en proceso de degradación, indica por donde pasaba antiguamente el río. Otros brazos corresponden a desviaciones similares. El de Aparicio, es tan nuevo, que ni siquiera tiene un monte bien desarrollado. Además existen restos de la vegetación marginal que no concuerdan con la posición actual del río, y sugieren que éste ha sufrido algún tipo de desviación a lo largo de tramos considerables. Fácil es comprender que en las zonas de bucles, la vegetación natural de la orilla cóncava, y aún de la convexa deben ser respetadas; de lo contrario continuarán ocurriendo desmoronamientos ribereños, como los que han facilitado la tendencia a la divagación junto al puente de Paso Pache.

En el curso inferior, las orillas del río suelen ser indecisas, perdiéndose entre juncos que forman amplias avanzadas penetrando en el agua y fijando los materiales finos depositados por la corriente. Aguas abajo, una serie de "tidal creeks" de fondo barroso ("slikke") sufren periódicamente la acción de las mareas, principalmente eólicas, y denuncian la presencia de agua sa-



lobre, ya que están bordeadas por junco punzante (*Juncus acutus*) y otras plantas halófitas. Finalmente, el río, que forma brazos entre los que se presentan islas anegadizas alargadas, se estrecha en las inmediaciones de La Barra, junto a una antigua isla formada por rocas cristalinas, hoy tierra firme, para ampliarse otra vez al unirse con el Plata, quedando allí la isla del Tigre, bastante anegadiza. Esta región de bañados se extiende hasta aguas arriba de la confluencia del río San José, principal tributario santalucense.

Jorge CHEBATAROFF  
(Fotografías del autor)

(Especial para EL DIA)

Tramo de carretera junto al Paso del Potrero (sobre el Santa Lucía) viéndose al fondo el Cerro Arequita.



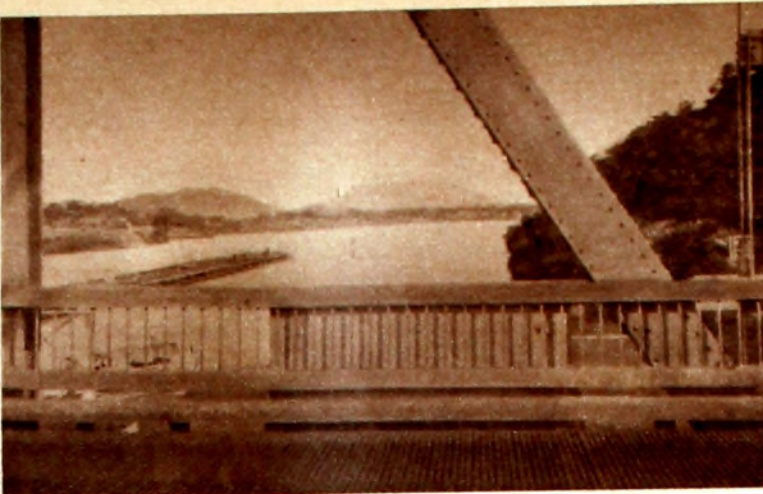
Gran puente de La Barra (Santiago Vázquez) y punta rocosa cristalina que influye en el estrechamiento del río).



Avanzadas de juncos fijando los fondos inestables, cerca de la boca del Colorado (Canelones).



A la altura de las esclusas de Miraflores, una embarcación cruza hacia el Pacífico.



Desde el puente del Canal de Panamá, se abre en lejanías el "mar de Balboa".

Hay en ella un indefinible embrujo, una desconocida atracción.

Existe allí la más fabulosa variedad de mercadería de todos los rincones del orbe y, principalmente, aparatos fotográficos, ropas, objetos, marfiles, bronce, lacas, piedras preciosas —ay, por qué supimos resistirnos a aquel anillo de jade!—, arcones ricamente tallados, sedas raras, que están proclamando su exótico origen oriental. Un movimiento inusitado conmociona la avenida céntrica y las adyacentes; la gente se agolpa, en las veredas, frente a mesitas detrás de las cuales se sientan vendedoras de billetes de lotería. En una esquina nos detiene un espectáculo imprevisto: en un local de puertas abiertas, hombres de toda condición se someten al corte de pelo y barba, atendidos por... barberos. Molesta nuestra curiosidad, sin duda, y nos miran navaja en mano. Por si acaso, seguimos andando. Y más adelante, nuestro mayor azoro: sobre los edificios,

**A**CABAMOS de descender en el Aeropuerto de El Tocumen. En Panamá, Panamá, la ciudad del Istmo. La del Istmo hendido por una raya de agua.

Hace un par de horas apenas que vislumbramos fugazmente el territorio venezolano, que caminamos tres cuartos de hora por el enorme y bullicioso Aeropuerto de Maiquetía, en La Guaira, para poder sentarnos diez minutos, que abrazamos al pasar a Jean Aristeguieta, la joven talentosa de la actual poética de Venezuela, y a Conie Lobell, que con ella dirige desde hace varios lustros la revista "Lírica Hispana", tan difundida en el ámbito cultural del continente, a Nelson y a Mario Lope Bello, para retomar de inmediato el avión con el regalo de un flamante poemario de este último, "He aquí el fuego", cuyos versos abrevian gratamente el trayecto. Barranquilla es luego nuestro único contacto —de minutos— con el suelo de Colombia. Sube al avión un negro muy negro, guitarra en mano. Y ya pasa del mediodía al bajar en El Tocumen.

Pasaportes, Sanidad, Inmigración, Equipaje: todo en orden, menos este último, que quedó en Maiquetía; el trastorno nos beneficia, obligándonos a más larga permanencia de lo previsto en la ciudad del Canal. Fuera del Aeropuerto, dejamos de ser una cifra, una etiqueta, una ficha de vuelo, para convertirnos en un ser humano curioso y ávido de ver lo que no conoce. Subimos a una camioneta, y va en la misma el negro muy negro de Barranquilla, muy enojado además de muy negro, porque ningún familiar había ido a esperarlo. "Mi primo es guardia", se jacta. Su parentesco con la autoridad lo eleva socialmente. Nos repite que había puesto al pariente un "malconi". Insiste con el "malconi". Por último caímos en la cuenta

## CRONICAS ANDARIEGAS EN EL NUDO DE DOS OCEANOS

de que se trataba de un cable, un "Marcónigrama". Rezona durante varios kilómetros hasta que el auto lo deposita en una modesta casa de inquilinato, junto con su guitarra.

Una larga carretera cuidada y ancha, nos ha llevado hasta la zona céntrica de Panamá. "Cuidado con la cartera", nos previene el chofer al despedirse. En el hotel, cada vez que saliéramos, iban a repetirnos: "Cuidado con la cartera". "Cuidado con la cartera", nos dijeron en la agencia aérea. Y quienes nos advertían, eran los propios panameños. Casi comenzamos a alarmarnos. Caminando por la calle principal, sentimos a la espalda un pregón que nos sigue cuerdas y cuerdas: "¡Panaméricaaa!", "Panaméricaaa!" Al fin nos volvimos para saber de qué se trataba: no pasaba de los diez años el vendedor, descalzo, macilento, con el paquete de diarios bajo el brazo: vendía el "Panamá América". Seguimos caminando, y en plena mañana, un mexicano furibundo, todo ademanes, vociferaba en una esquina: lo habían despojado de la billetera, y hacia el fin de una calleja transversal, vimos disparar a tres muchachones autores del hurto. "Cuidado con la cartera..."

En verdad, el episodio puede ubicarse en cualquier punto del globo donde se den cita, como aquí, individuos de todos los rumbos, de todo origen, de toda catadura. Pero no es menos cierto que la ciudad ofrece fuertes contrastes.

La Avenida Central es arteria populosa,

a cuyos lados parecen concentrarse los principales comercios. La afluencia de gente la convierte a ciertas horas en un bazar gigantesco. Un río humano heterogéneo la colma y le confiere su aire cosmopolita, abigarrado, ruidoso, llamativo. Y de un interés al que es difícil sustraerse. Rostros asiáticos, mongólicos, eslavos, nórdicos, sajones y latinos, mestizaje de todas las razas, identificados en su mayoría por el bronceado del fuerte sol tropical, van y vienen, cruzan, hablan, discuten, ofrecen al transeunte artículos diversos, baratijas raras, juguetes; indias ataviadas con ropas típicas, venden collares largos y policromos. Color, calor, ruinosas casas de madera, generalmente de dos plantas, que alojan a moradores humildes, cafés con medias puertas de vaivén que dejan salir humo de cigarro, olor a bebidas, repiquear de dados en el cubilete, discusiones...

Y todo esto es poderosamente atrayente, incita a adentrarse, pasando por encima de lo pintoresco, en lo íntimo de la ciudad, a descubrirle el alma si la tiene, que cómo no ha de tenerla, a profundizar en la raíz de los contradictorios aspectos que brinda. Porque al lado de esta zona céntrica, se extienden magníficos barrios residenciales —Bellavista, El Cangrejo, el Barrio de la Exposición, que congrega a casi todas las embajadas extranjeras—, hoteles lujosos y confortables, modernos edificios públicos, que muestran la otra faz, la progresista y abierta al porvenir.

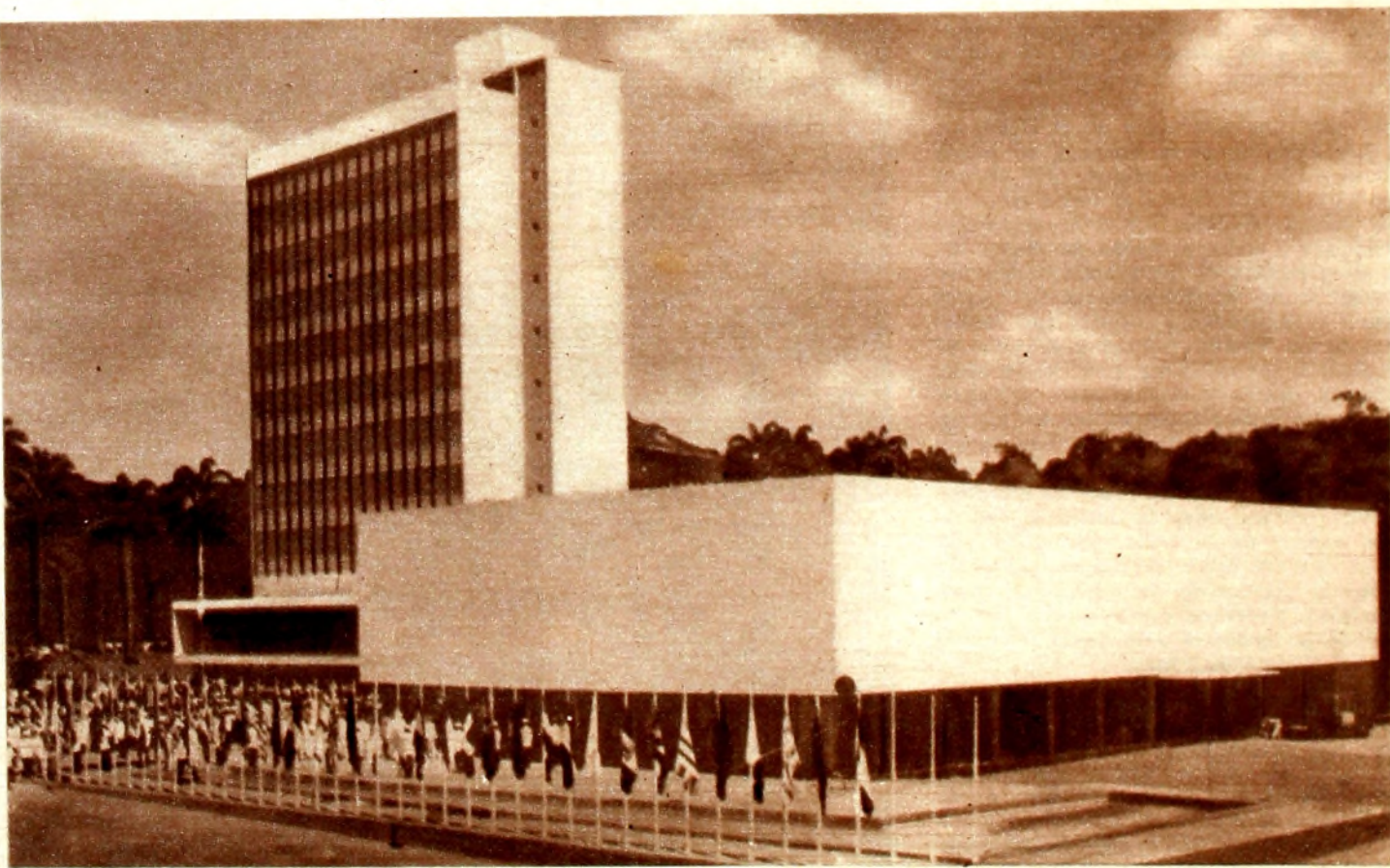
Sin embargo, preferimos la parte antigua.

apoyados en los altos pretiles, o planeando con lentitud sobre los techos, nos habían llamado la atención aves de gran tamaño y negro plumaje. Confirmamos la sospecha: aquellos grandes pájaros, eran nada menos que buitres.

Y apenas más allá de este fascinante sector urbano, la costanera abre su lisura, su amplitud, balconada sobre las olas del Pacífico, y a cierta altura, el solemne monumento a Balboa, rememora perpetuamente a su Descubridor. El Cónsul de nuestro país, el doctor Rodrigo Núñez, distinguido profesional panameño, nos revela gentilmente el otro perfil de la ciudad, sus bulevares hermosos, sus mansiones, y como ejemplo de hogares, el ambiente refinado y hospitalario de su propia casa. Nos enseña un prodigio arquitectónico que sobrelleva cuatro siglos: las ruinas del llamado Arco Chato de Santo Domingo, cuyos ladrillos se sostienen en el aire sin soporte, como un puente por donde pasó con respeto el tiempo. Un poco más lejos, nos detenemos en la Plaza de Francia. Es un memorial para quienes planearon el famoso "camino de agua" que atraviesa la tierra panameña. En un predio semicircular, varias estatuas en sus pedestales rodean a un obelisco airoso rematado por el simbólico Gallo francés, en bronce. Y alrededor del hemicíclo, en grandes planchas de piedra de un par de metros de alto, consta esculpida la historia del Canal. El autor del texto fue el fundador de la Universidad, don Octavio Méndez Pereira. De nuevo en marcha,



Edificio de la Municipalidad.



Moderno edificio de la Asamblea Legislativa.

penetramos en una barriada clara, prolija, de características propias, que impresionan por la regularidad de la edificación, la pulcritud de casas y calles: es Balboa.

A poca distancia, por fin estamos frente al célebre Canal, a la altura de las esclusas de Miraflores.

De pie en la porción fija del puente giratorio, vimos actuar las esclusas dando paso a embarcaciones que venían del Atlántico, si bien el Canal ofrece paso en ambas direcciones. Las vimos con expectación, con asombro, al pensar que esa maravilla de ingeniería, obediente a controles automáticos, funcionando con precisión matemática, costó millares de vidas humanas. Había salido de Francia en 1881, el contingente de hombres que iniciaron las obras famosas. Oposición de la naturaleza, el desconocimiento del terreno, la malaria, impusieron su cruel tributo de enfermedad y muerte. Vicisitudes, alternativas de la política europea. Los norteamericanos fueron por último quienes concluyeron la gigantesca concepción francesa. Y el Canal se inauguró el 15 de agosto de 1914.

De un extremo a otro del territorio, se escalonan tres juegos de esclusas; las de Gatún al norte, próxima a las cuales está la reserva de aguas del gran lago artificial de igual nombre; las de Pedro Miguel, luego; y las de Miraflores, ya sobre la costa del Pacífico. El nivel del Atlántico, más elevado, hace necesario equilibrar la altura del agua, y a través de las esclusas se va igualando el tránsito de un nivel al otro, en forma gradual. Vimos, en las esclusas de Miraflores, llenarse en ocho minutos el estanco, merced a bombas poderosas, y pasar los barcos de un compartimiento al otro, halados por "mulas" eléctricas, hasta que, abierta una de las alas del puente, las embarcaciones desembocan en el otro Océano y ya por propios medios singlan hacia el Pacífico. En poco rato, cruzaron naves de Canadá, Cuba, Noruega, Japón, Alemania. El tránsito del mundo entero se sirve del Canal, que es un mudo pero elocuente testimonio del poderío de la mente humana.

Y ahora que ha pasado algún tiempo, sin que ningún recuerdo se desvanezca, sentimos que, con sus claroscuros indiscutibles, sus desniveles sociales, su pobreza y sus lujos, sus barrios suntuosos y sus buitres agoreros, la ciudad nos cautivó, y el hechizo no se ha roto, anudado aún más por la nostalgia de un lugar al que deseáramos volver. Lo pintoresco, lo ameno, lo cosmopolita, las iglesias centenarias en una de las cuales asistimos a una de las ceremonias de sabor más



Una leyenda de piraterías revive en torno de las ruinas existentes en Panamá la Vieja. Sólo queda esta torre de la derruida catedral, que se incendió durante un ataque de Henry Morgan en 1671.

popular, el bautizo colectivo, las huellas de civilizaciones primitivas, el paso del pirata Morgan en Panamá la Vieja, todo eso tiene una seducción imborrable, que no caduca.

Y por encima de todo, el suspenso, la emoción indescriptible, de pie en el puente que atraviesa el histórico Canal, de haber estado allí, donde el Atlántico y el Pacífico se dan un abrazo, allí mismo, en el nudo de los dos Océanos...

Dora Isella RUSSELL.

(Especial para EL DIA.)



Conjunto típico de "montunos" y "polleras", coloridos trajes típicos panameños, desfilando durante una fiesta local.



Catedral de Panamá, reliquia colonial que comenzó a construirse en 1673.



La populosa Avenida Central, una de las arterias más cosmopolitas de Panamá.



La basílica de San Marcos; vista desde la balastrada de la Biblioteca Vieja, obra maestra de Sansovino.

## MIENTRAS VENECIA SE HUNDE

**E**l Simplon Orient Express que me lleva desde Atenas a Venecia, atraviesa la frontera italo-yugoeslava entre Sezana y Poggiorale, luego de treinta horas de viaje; americano acostumbrado a considerar las distancias como atributo de nuestro continente el largo trajinar me asombra y deleita. Traigo encajado en los ojos el paisaje del

adiós ateniense: la Acrópolis recortando sus mármoles contra el cielo rojizorado del atardecer; en cuanto el tren comienza a moverse, me acompaña un cerco de laurel de Apolo con sus rojas flores, exactamente igual a los vistos en mi niñez y adolescencia en Mendoza. En un instante se han reunido mis dos raíces: la de mi espíritu y la de mi

sangre. Luego, esa angustiosa imposibilidad de permanecer despierto y adivinar en la noche esa tierra de Alejandro. Ya de día. Tesalónica (Thessaloniki) y por fin Idomeni la última estación griega; miro por la ventanilla hacia atrás: una larga trinchera de álamos, con su porte de brotadas columnas corintias, me da el adiós. Chevgheli, primera

estación yugoeslava y sorpresa: el aduanero no revisa mi equipaje al saberme escritor y periodista. Skolpje, la primera estación grande en que para el expreso; sube un gentío que cubre todas las plazas del tren y hasta los pasillos; charlan animadamente con los griegos. Como en todos los países del mundo se preguntan el precio de las cosas, son casi los mismos. El paisaje comienza a perder la adustez mediterránea; de nuevo, esos bosques y prados verdes que me recuerdan los de la Toscana y los Apeninos. A medianoche y antes de llegar a Belgrado, se divisa un inmenso edificio de acero y cristales deslumbrante de luces. En el perón (andén) un peón de overol riega con una manguera las macetas de geranios que cuelgan del techo. Zagreb, Zidanimost, Ljubljana, pasan entre incesante subir y bajar de pasajeros. En todas las fronteras los trenes internacionales parecen descarnarse y sólo resta la espina dorsal de aquellos para quienes el paso significa uno o dos sellos más en el pasaporte, junto a la sacrosanta visa. Nos acercamos al Mar Adriático, ha quedado atrás esa bella Dalmacia con sus montañas cubiertas de bosques y sus aldeas reunidas alrededor de una capilla cuya torre termina, a la eslava, con alta y afilada flecha que atraviesa una gran esfera de metal.

Entramos en esa Italia, que ha hecho decir a Roger Peyrefitte, en su bello y original libro de viaje "Del Vesubio al Etna", que "es el único país donde aún se puede gustar la dicha de vivir". El tren corre por la llanura luego de abandonar la costa rocosa y las pinedas cercanas a Trieste. Alegría pánica recorre mi cuerpo, soy como un potrillo que inflando los belfos caracolea pifando.

Mestre, la última estación antes de Venecia. El expreso parte en línea recta, como un dardo, hacia el corazón de la laguna Veneta. Ya se divisa ese inolvidable perfil de cuadro del Canaletto que muestra Venecia. Voy a tratar de verla con calma, sosegando la emoción, esta segunda vez. Los latinoamericanos, somos tremendamente anti-intelectuales, cuando se nos cae la máscara de nuestra inseguridad. El largo istmo artificial se extiende como un brazo, con espacio sólo para dos arterias: la ferroviaria y la autopista del Ponte della Libertá. El dardo penetra en el blanco.

\*

Las cosas en su salsa y a punto: Venecia, pleno verano y luna llena. Atreverse. Desde el vaporeto que en veinte minutos nos lleva desde el Lido hasta Venecia, tan repleta de viajeros que nos ha sido imposible encontrar hotel en ella, la ciudad parece un mágico escaparate resplandeciente de luces que se reflejan estirándose temblorosas sobre el agua calma que cobra color y consistencia de azogue. Las barcas de los pescadores rezagados o las cargadas con deliciosas sandías y melones, regresan, las velas flácidas, pendientes, con solemne lentitud. Un canto —¡y cómo no había de ser melodioso!— nos llega entrecortado por el rezongo de nuestro motor. El ángel dorado que corona la flecha del campanile de 99 metros de altura semeja la monstruosa pierna fija de un compás destinado a marcar el círculo de nuestro deslumbramiento. Las cinco cúpulas bizantinas de la basílica de San Marcos, sus quinientas columnas de mármoles preciosos, desde el púrpura rojizo hasta el verde antiguo, se alzan tras el filigrana gótico-veneciano del palacio de los Dux. Se recorta la confusa silueta de los cuatro caballos de cobre, plata y plomo dorado, de la época helenística. Originarios de la isla de Quíos, fueron llevados a Roma, donde Adriano los colocó en el arco de Trajano; de allí Constantino los llevó a Constantinopla donde quedaron nueve siglos, hasta que el Dux Dandolo, vencedor en la IV Cruzada los envió a Venecia y terminaron por encontrar ubicación definitiva en el frente de la basílica en 1250. En 1798 Napoleón arreó con ellos hasta París y sólo regresan en 1815, con la caída del imperio. El último desplazamiento a larga distancia tiene lugar en 1915; cuando los austriacos cañonean Venecia son llevados al Castel Sant'Angelo en Roma. Vuelven al terminarse la primera guerra mundial; al entrar Italia en la segunda, son escondidos de nuevo. Regresan a las columnas que les sirven de pedestales cuando cae el imperio musoliniano. Cada vez que estos caballos apocalípticos han sido trasladados, se ha hundido algún imperio o caído un trono. Me estremezco al pensar en la próxima vez que la ceguera, la in-



Un típico canal veneciano; al fondo, el Campanile.



Detalle de los caballos de Quíos, ubicados en la basílica de San Marcos.

comprensión o el egoísmo de los hombres haga necesario un transporte que por lejano que fuere siempre será vano. En las cabezas de esta admirable obra de un ignorado maestro helénico, en alguna de ellas sobre todo, muestra tan inteligente expresión de miedo, casi espanto, que pareciera anunciar desde el comienzo el extraño destino que les esperaba como arúspices de una civilización.

El *vaporeto* continúa deslizándose entre las farolas con luces color ámbar que marcan el canal. Vuelven a la ciudad los turistas que han ido a bañarse y pasar el día en las playas del Lido. Increíble hasta que extremo pueden tornarse ridículos esos bellos sombreros de paja blanca, con cintas rojas o azules colgantes sobre la espalda, que usan los gondoleros. Dos viejas gordas y pintarrajeadas, un alemán joven con cara de cerdito bobo, una escocesa descolorida cuyo traje floreado parece pender de una percha, un enorme yanqui de dos metros de altura, un flaco y antojado *boy scout* francés; todos, sin excepción, han encontrado la manera de colocarse este sombrero con el mínimo posible de gracia. Pero ¿es que existe acaso un solo turista que haya resistido a la tentación romántica —suprema tentación de Venecia— de probarse, por lo menos, uno de estos sombreros y mirarse al espejo? Me parece escuchar de nuevo la tímida y modosa voz de Julien Green, en su bello y calmo piso de la calle de Varennes, en París, que me dice: "Es necesario matar la emoción para poder escribir". Se me antoja, en esta mansa noche cuya humedad eriza vitalmente mi piel, que el genial autor de "Moiira" y "El otro sueño", en su solitaria pieza de un escondido hotel, debe haber sufrido deleitosamente —sensación medieval— cuando se probaba uno e imaginaba un mundo de acciones sutiles ante el espejo; porque él también me ha dicho: "He escrito este libro para los lectores solitarios, para los aislados. Recalco esta palabra tan rica de significado. No me dirijo a la multitud, no puedo hablar a la multitud. Yo escribo para los que están solos, para los que se sienten solos como lo estoy yo."

Desembarcamos cerca del Puente de los Suspiros, pasamos bajo las arcadas góticas del palacio de los Dux entre los bulliciosos puestos de los vendedores de collares de vidrio y cristal multicolores, de postales y "recuerdos de Venecia". No tener, ¡ay!, el candor necesario para comprar uno de esos ingenuos recuerdos, ni siquiera tener a quien regalarlos.

Como hace años, en la *Piazzetta*, sentado en el basamento de la columna de San Teodoro, un grupo de muchachos, que con sus cortos pantalones de cuero y la mochila al hombro recorren los caminos de Italia, cantan canciones tirolesas. Luego, se irán a la isla de la Giudecca en donde está uno de esos cómodos y económicos Albergues de la Juventud, que se encuentran en todas las ciudades europeas y que dan reposo a estos modernos trovadores adolescentes, que van aprendiendo a vivir en la medida que alegran a quienes ya lo saben o creen saberlo. Me parece tremendo, casi un contracanto, saber que nunca jamás podré hacer lo que ellos.

Miro hacia las cerradas puertas de la Basílica de San Marcos; ya sé que en el piso del peristilo están esos mosaicos geométricos bizantinos del Siglo XIII que muestran todas las posibilidades del dibujo en los abstractos de nuestro tiempo. Me vuelvo de improviso para gustar del impacto teatral de ese inmenso patio con arquerías, y sus 175 metros de largo, que es la plaza de San Marcos, conjunto de bárbara hermosura, cuya armonía sigue brotando de la individual desarmonía de los edificios; esa extraña armonía que es la magia secreta y vital de toda Italia.

Gratis resulta guardar guía y plano y dejarse llevar por el gentío rumoroso a través de sus callejas, que a menudo lucen sus nombres castellanos de *calle* o *campo*, pues nuestro idioma ha dado numerosas palabras al dialecto veneto mucho más duro y gutural que los otros.

Su gente es hermosa, quizá sea la más hermosa del norte de Italia: pelo rubio, facciones finas, ojos claros algo hundidos y sombreados, como si bajo la piel dorada insinuara la calavera. Bellos, muy bellos cuerpos.

Luego de varios días de recorrer sus fastuosas y admirables iglesias, sus museos, fatigados del continuo admirar, en una suerte de *intermezzo* argentino debido a un casual



Figura de Eva en uno de los alto-relieves del Palacio de los Dux; al fondo la torre del Campanile.

encuentro, estamos comiendo en "La Colomba" con Gustavo Casares. Conversador fino y sagaz, raza que lentamente se va extinguendo entre nosotros, nos ha hecho vivir en su danunziana Venecia de la "bella época"; con nostálgica lentitud, termina la narración de un baile de beneficencia que tuvo lugar en la vecina plaza de San Marcos y a la cual los invitados debían concurrir con disfraces del Siglo XVIII:

—Como a mí no me gusta disfrazarme, me limitaba a mirar.

Sonríó; me parece más argentino que nunca. Pienso que Robbe-Grillet, con su famoso libro *El Mirón*, cree haber fundado una nueva escuela novelística francesa.

Miro al punto en mi derredor; la conversación que acabamos de escuchar tampoco

disiente con el decorado, antes bien cobra la armonía de un bello engarce. Estamos comiendo en uno de esos patios — *piazzetta* que, de improviso, se abren entre casas del medioevo; una placita en gran parte ocupada por las mesas y un cerco blanco con macetas floridas y farolillos: Venecia. En ella, jamás puede vagar la mirada; siempre hay algo que la atrae y no la deja descansar. Caprichosamente incrustados, surgen alto-relieves con esos bellos animalitos medievales de significación religiosa; otras, escudos heráldicos, y más allá un capitel de columna corintia destacándose sobre el rojo morado de las paredes.

Caminamos hacia el *vaporeto*. El agua ha invadido parte de la *Piazzetta*. Echo una mirada hacia mis griegos caballos de Quíos, me estremezco. En "Viaje Latino", mi libro

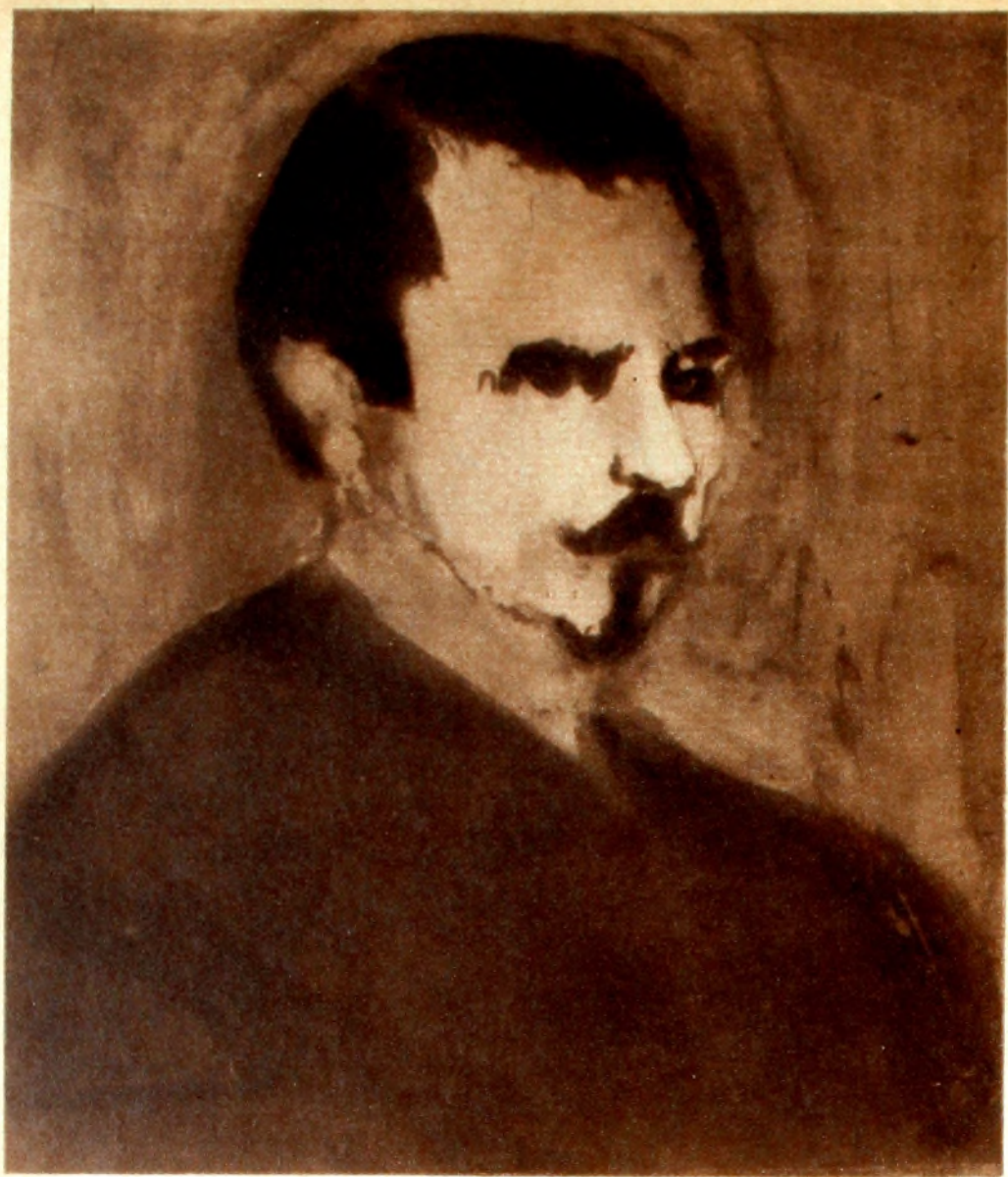
del viaje anterior, he escrito: "A partir del Siglo XIX los glaciares han comenzado a disminuir su volumen y por ello, el mar a aumentar su nivel en un promedio de siete centímetros y medio por siglo." ¿Será esto o que los cimientos y pilotes de madera de la portentosa ciudad están cediendo? Incontables proyectos se maduran para salvarla. En secreto, con el egoísmo de todos los secretos, me digo casi horrorizado: "Yo la he visto."

Nos despedimos en el embarcadero. El barquito se aleja; me tirona el costado del corazón. Ahora es un cuadro de Guardi. La luna cae de lleno en las cinco cúpulas y resbala sobre los caballos de Quíos.

Abelardo ARIAS.

(Especial para EL DIA.)

# PINTORES ITALIANOS CON GIOVANNI COSOLAZIONE



AUTORRETRATO



CASTILLO DE SANTANGELO.

LA pintura de carácter religioso, y la que llamaríamos intimista y de género —esta última tratada a favor de conquistas modernas en composición— nos delatan como pocas veces una personalidad unida y armoniosa. El arte de Cosolazione se manifiesta por una muy libre expresión, que tiene como punto de partida una perspectiva que, aunque conserve los grados de distancia y de proporción, revela una intención frontal, que da a todos los personajes un

cometido esencial en el cuadro considerado total y parcialmente, con una definición del carácter afín al tema. Un dramatismo invade la disposición de la luz, y el dibujo estilizado, conforma actitudes dinámicas, sostenidas por la línea que nunca abandona, y acentúa el rigor de una fuerza espontánea, que predomina en sus obras. En ellas existe un espíritu de intensidad, una veraz emotividad que trasunta en el gesto, en la actitud, y en la siempre comprensible visión interior, que transparenta los límites reducidos del tema, y halla asidero en la amplitud de una humanidad sugerente. Existe en esta obra una rara urgencia que apura esa visión aparentemente ligera de ejecución. Sin embargo, por sus esbozos y sus dibujos, llegamos a la conclusión de que Cosolazione piensa sus obras, las estudia, y nos refiere plásticamente su último punto de contacto con el concepto que le ha inquietado y madurado. A pesar de la espontánea expresión de que hablamos en principio, un ritmo rige esa sencilla manifestación del color. La simplicidad del trazo abarca elocuente renglón de su registro, que se extiende no sólo a sus motivos que le son caros, sino que se convierten en un mundo de vitalidad, que afrontan el temario del trabajo, escenas diversas y callejeras, y otras más reducidas al sentimiento puro del artista, como los retratos familiares.

Por momentos atisba, como en "El Calvario", una reminiscencia en el estiramiento del Greco, pero se ubica en su época en la idea y en la solución pictórica. Puede decirse igualmente que dentro del sentido moderno, acude a las dos expresiones: la



VENDEDORA DE SANDIA.



MATERNIDAD.

# ITALIANOS ANNI C TEMPORANEOS CONSOLAZIONE

ideal, fundiéndolas en un criterio selectiva libre y audaz, pero equilibrando las zonas de color, y la disposición de las figuras. Se da la paradoja de que el color nunca es esencialmente real, está por encima de la tonalidad, y se autentica por su vigor, armonizando ese ideal a que referencia. Prefiere a la corrección del dibujo, la condición de cumplimiento al movimiento de las curvas, oponiendo el color en zonas calientes y frías, de manera de lograr una luminosidad expresiva. Tal alto el color perdura en algunos retratos de rojos y amarillos, verdes y azules, utilizados al máximo de su rendimiento. Es muy característico en Consolazione la solución de sus composiciones desde lo alto. Entonces domina toda la obra de sus personajes, y da a éstos el dominio de la acción que, a su vez, es la más subjetiva, la que conjuga el valor del verbo de su idioma que ha de entablar ese misterioso que constituye una faceta de tan importancia. En este pintor italiano, la línea del trazo y del color es tan fresca, que fácilmente eslabona sensaciones que forman toda la obra, ya sea enraizados en las formas del café, o jugando a las cartas, o simplemente trabajando o cosechando. De temas comunes y simples, Consolazione la riqueza cromática que ha de dar, con valentía, en la estilizada faceta de la escala.

que empastaba en detalles que convenía a la versión que de los elementos él mantenía dentro de una conversión intimista. Este pintor nos recuerda en algo a aquel espíritu de rara conformación. Por la forma de cultivar la estructura de las cosas, y si bien aquél era más quebradizo en el trazo y de facetas más analíticas, Consolazione tiene en común el esquema del temario, y la soltura del acento. Si el tema religioso lo llama como a la mayoría de los pintores italianos, y los realiza con vistas al recuerdo de los grandes maestros, no es menos cierto que la concepción y la pintura se diferencian por la gravitación de la entereza personal del artista. Es más factible en su pintura el motivo humilde, el taller de costura, una calle de Roma con su rincón de vida popular, y el respaldo de una era pasada de grandeza como fondo. Al abordar la pintura de manera entera, sin la partitura detallada del plano, sino buscando el gobierno de la grande masa cerrada en curva, Consolazione se maneja por atributos propios de una tradición que no se olvida aún hoy, en que las variantes de tantas iniciativas forzadas, creen desconcierto en el mundo plástico. Y esta es otra de las virtudes que sostienen su pintura. El espacio está dominado por ángulos de colorido que en general nos dan una imagen de la conciencia que halla el artista para imprimir una base que rodea la luminosa sonoridad de primarios y secundarios. Si en Cézanne se produce el fenómeno pintura, por la tonalidad llevada en cortos trazos al máximo de rendimiento, y el estudio es fatigoso, aunque a nuestra vista aparezca perfectamente lúcido y fácil, en



PLAZA DEL PUELO

Consolazione se verifica por una plenitud total del color tratado en grandes espacios animados por calidades finas.

Es en realidad un figurativo moderno de extenso concepto, y si su paleta se maneja en el limitado lenguaje de las cosas sencillas, y su pronunciamiento expresivo está lejos de la grandilocuencia, esa humildad que asoma en sus personajes y en el común de sus temas, nos ofrece una rica visión interior de su mundo. El saber estilizar, aunado a la deformación o mejor, a la transformación al estilo, requiere un cúmulo de aptitudes que armonicen en todo el panorama plástico desarrollado por el pintor. Esto es condición de Consolazione, que

busca la unidad con ese estilizado, componiendo el fondo, y en muchos casos, rompiendo la lógica de perspectivas en favor de una mayor visibilidad pictórica. En algunas obras roza el grotesco, e intensifica a sus personajes en "La última cena", que aborda en un conjunto dramático casi. Esa perspectiva que utiliza en este cuadro para dominar la escena total, lo repite exagerado en "El concierto". La transfiguración alienta en sus cuadros como principio de elocuente fuga del vulgar contenido real. Y ello es el secreto de su personalidad.

Eduardo VERNAZZA.

(Especial para EL DIA).



LEDA CON PESCADO.



EL COLISEO

# TEORIA SOBRE LAS SOCIEDADES

**D**OMINGO que caía sobre los campos de Sierra Chica, así quemase el sol o chiscodease la lluvia, era día que Isabelino Cancela ensillaba uno de sus caballos y ponía rumbo al comercio de Jesús Balbín.

El tal Isabelino Cancela había llegado joven a ese pago. Iba de paso para el Oeste, hizo noche en la estancia de don Fabricio Cedrés donde, por andar escasos de peones, le ofrecieron trabajo. Quedó, cinchó, y se aquerenció.

A dos leguas del caserío se alzaba un rancharo sordido. A veces algunos servidores de la hacienda aparecían por él y pasaban la noche entre naipes espesos y hembras mugrosas. Allí Isabelino hizo relación con la pulpera Juana Blasco...

Veinte años después nuestro hombre era dueño de ochocientas cuerdas y unos ranchos. Siguió la soltería que no pudo cortar Juana Blasco, muerta ya. Sólo un negrito lo ayudaba en el trajín de lo suyo.

—El tiempo me dá —decía— pa remediarme. Y vean que me remedeo muy superiormente...

Y así sucedía. Era un paisano grande, fuerte, retintos pelo y bigote.

Ese domingo, como todos los del año, y de los años, se apeó frente al galpón de Balbín, desensilló y entró el apero. Allí pasaría el día. Tomaría unos mates, luego unas ginebras con bitter, después comería de lo que la doña hiciera reforzando el almuerzo con dos litros de vino a cuya carga le encajaría un taco de queso y dulce, en seguida algunos trucos, más tarde café y pasteles, para terminar hinchando las malletas con el surtido de la semana. Y saldría, como siempre, con un:

—Hasta el domingo que viene, don Balbín. He pasao muy regularmente hoy.

Estaba, pues, en una de esas ferias el hombre, apurando el último vaso antes del almuerzo, cuando entró al comercio un cristiano petiso, de ancho pecho y piernas combadas, firmes. Vestía buena ropa, el poncho de verano era de precio, las espuelas de plata.

—Güeno día pa tuitos. Una ginebra, pulpero. Y mire: ¿no podré hacer mediodía? Porque traigo muy aliviadas las tripas y quiero reforzarlas con algo pesado...

—Sí señor, pué quedarse.

Minutos más tarde cinco personas hacían rueda a la mesa de la cual ascendía un va-

por que de llegar a las narices de Sancho resucitado éste evocaría en seguida las bodas de Camacho pues en ella descansaban dos enormes fuentes: con un guiso de arroz y charque, una; la otra ostentaba un puchero de cola capaz de curar a un tísico.

Un cuarto de hora después, ya desaparecidas las primeras mascadas y pasados los primeros tragos, desatáronse las lenguas. En una de esas el forastero dijo, dirigiéndose a nuestro hombre:

—¿Asina que usté sabe ser don Isabelino Cancela?

seremos socios. Vea: en mi casa, muy lejos de aquí, éramos como cien de familia pues hasta las agüelas parían. Se vivía ajustao, sí, pero mal no. En los inviernos nos juntábamos tuitos, a veces, a tomar café, comer tortas fritas, y mirar llover. El mayor de la familia era Serapio Cancela, bisagüelo de los menores, viviente tan sabido y aplomao que era consulta de cuanto desnortiao hubiera, asina juese rico como pobre. Hombre de pocas palabras en ocasiones se sumaba en un callar de semanas. Teníamos una agüela que tuitos la llamábamos por Niña

Y ensartó un rosario de razones que Güeno, juimos socios. Al principio tuito marchó bien, vivimos muy orondamente. Cuando aparecía algún cristiano, mi socio, con sólo soltar uno de sus alaridos ponía al intruso con tres leguas de por medio. Eramos dueños del pago, se pué decir. Pero un día nos llegó la mala. Nos empezamos a mirar de reojo, y cargarnos la culpa de la desgracia uno al otro. Nos cayó el hambre... y, pa cortar la relación, una noche que por suerte yo me había enlunao, lo vide venir que parecía en el aire, derecho ande yo estaba estirao. Le malicia la intención, y cuando pegó el salto me hice un ovillo y lo ensarté en el caronero. El bisagüelo largó tres humadas de su



## RECUERDE U.D.

### El Hogar



### CLINICA DENTAL YAGUARON



PROTESIS INMEDIATA  
TODOS LOS DIAS DE  
8 a 21 HORAS.

HORARIO CONTINUADO

Yaguarón 1533  
(A mitad de cuadra)

CASI PAYSANDU

—Sí señor, pero sin don. Pa tenerlo me hace falta trotiar mucho, y colijo que no viá llegar...

—¿Asina que usté tiene ochocientas cuerdas pobladas, vive solo, y se jerjenea sin piones?

—Sí señor. El día que los tenga me acomoda el don. Por eso le dije...

El otro lo observó profundamente, tanto, que Cancela medio se alarmó; volcó el vaso, se limpió la boca, y expresó con firmeza:

—Pues le viá ser franco, amigo: se está perdiendo el engorde.

—¿De qué engorde me habla? Mire que peso ciento doce kilos asígn la balanza de Balbín; ¿o quiere que reviente como Judas de sábado santo?

—No señor. Del engorde que le digo es del de su campo y haciendas. Lo que hoy son ochocientas cuerdas puén ser mil mañana, y dos mil pasao. Y su rodeo y su majada puén estirarse en ese mismo son. Pero pa eso no basta curar un vacuno hoy y otro a los días, o descascarriar una oveja... Mire: nunca juí amigo de tirar palabras como cobres padrino e'casamiento. Tengo cerca de mil patacones; por sobre eso, brazos que no se acalamban, y en cumplir el trabajo sólo el sol me puede empardar. Hágame contrato, amigo, y llegaremos a vivir muy perfetamente. Y si de socios, en el correr de cinco años no llegamos a ser dueños del pago, usté me corta lo que quiera o me escupe ande le guste.

Se hizo un grave silencio en seguida de las palabras del forastero. Isabelino cerró los ojos y con ellos cerrados sonrió primero, luego su boca trazó una mueca ríspida, después volvió a sonreír. Levantó los párpados y clavó los ojos en el que le ofrecía sociedad. Desniveló su vaso —que medía más de una cuarta— y habló de esta manera, y según su modo, poniendo ancho espacio entre palabra y palabra:

—Atienda bien lo que le viá decir, don. Si después usté quiere poner algún reparo, póngalo. Y si con ese reparo dentra a que yo no tengo más salto que ser su socio...

Clotilde, por la que el bisagüelo era capaz de agarrar un venao de a pie si ella se lo pidiera, aunque él andaba sólo en una pata pues la otra se la había llevao un plomo de tercerola sirviendo con don Frutos, no sé si lo conoció... Una tarde de esas con tortas y truenos la Niña Clotilde le pidió a su tata que contara algo de su mocedad. Y el viejo se acomodó y dijo:

—Les viá contar algo que naides sabe, a no ser yo. Y lo viá contar aquí porque si pelagra la verdá será entre parientes; que si lo contara ande no lo juevan y pelagra, con sola esta pata que me ha quedado del par trillaba con tuito. Güeno. A los veinte años juí montador de mentas, tanto por lo ligero del corte como lo especial que cortaba. Asina los ñandubaises se juntaban en escuadrón con mi hacha dejaba el monte raso de ellos. Muy bien. Una mañana taba afilando l'hacha y vide que mi caballo, que a sogá estaba, quería espantarse. Recorrí el abra con la vista y vide, como a veinte pasos, que un tigre me miraba como aparcero de truco pidiendo seña. Quedé tieso y quieto como estaba. Si mi hacha voltiaba un coronilla podería hacer pataliar aquel yaguareté. El bicho se sentó y yo, pa no ser menos, me senté. Volaba el mosquito, rezongaban los mangangases, cantaban los pájaros, los bagres chicotiaban el agua, y nosotros seguíamos mirándonos. Y en un redepente el tigre habló, ¡y si yo les digo que habló jué porque habló!

—¿Te gusta la vida que estás haciendo? Por que te he venido bombiando que de sol a sol y de mes a mes no hacés más que subir y bajar l'hacha...

—¿Y a vos te gusta la tuya? Porque pa carnar algún ternero flaco los más de los días lo pasás olfatiando. Vivis corretiao, no estás muy gordo...

—Por eso mesmo quería hablarte. Te convido pa hacer sociedad. Vos tenés tu cencia y yo la mía. De par poderíamos pasar por lo muy alto.

chaludo, tosió un poco, y terminó:

—Hasta aura, Niña Clotilde, mis hijos, mis nietos, y mis bisnietos, no hemos tenido sociedad en los ranchos. Pobres hemos vivido, a veces lambiendonos las mataduras, pero contentos. Sólo los rabones de diligencia he conocido por güenos socios: sudan juntos, tiemblan o se achicharran juntos, y cuando los sueltan comen juntos. El cristiano es un bicho que se desnortea mucho con la plata y los bienes. Aunque sepa que la mitá es de su socio él se la cree en propiedad. Asina es que...

Isabelino calló un minuto. Bebió un trago del carlón aquel que Balbín vendía, en ese tiempo puro y ardiente, y siguió dirigiéndose rectamente al forastero.

—Mire amigo: llegamos a ser socios, nos vá, como usté dice, muy perfetamente, estiramos campo y hacienda... Pero si por una de esas gambetas de la suerte se nos tuerce el negocio, a lo pior un día usté pegará el salto, o lo pego yo. No sé lo qué hará usté si yo hago de tigre; pero créame: si es usté, yo lo ensarto muy perfetamente, como usté dice. Por eso le digo...

El forastero pagó el gasto y enderezó a la puerta. Antes de pasarla Isabelino le gritó:

—¿Ya se va, amigo? ¿No quiere jugar un truco pa bajar la comida?

—¿Y quién me acompaña?

—Yo, pues.

—Mire don: con usté de compañero... ¡Güenas tardes!

José MONEGAL.

(Especial para EL DIA)

Dibujo del autor.

# EL BUCEO



APUNTES DE  
PIERRE FOSSEY

EL YACHT CLUB URUGUAYO

FOSSEY  
PIERRE  
1960

Costeando la playa, corre la rambla hacia  
MALVIN



Palco oficial. Vista parcial de las autoridades, que permite apreciar la presencia del Embajador de Francia Mr Gabriel Bonneau, tomada en momentos en que la Banda Militar ejecuta el Himno Nacional



Uno de los jinetes que intervinieron, Srta. Socorro Ferrés, mereciendo calurosos aplausos de los espectadores.

## CONCURSO HIPICO PATROCINADO POR "AMIGOS DE FRANCIA"

### RECUERDE U.D.

**SOLUCIONA EL PROBLEMA DEL ESPACIO EN SU COCINA!**

**MODERNA MESA PLEGABLE "JISSA"**

ELEGANTE Y FINA TERMINACION

EN DOS TIPOS, DE EMBUTIR O APLICAR

EN VENTA EN LAS BUENAS CASAS DEL RAMO

ES OTRO PRODUCTO DE ESTABLECIMIENTO INDUSTRIAL Y COMERCIAL JAMIL ISSA

Y.T.U. 1824 - TELEFONO 500261

### Sea propietario en MONTERREY

- Cno. Carrasco (antes del Parque)
- Omnibus cada 10 minutos
- Luz. Pavimento. Agua

**GRATIS 5.000 LADRILLOS DE PRENSA**

**INFORMES 25 de Mayo 470**  
**DAR S.A. Esc. 16 P. 2**  
(DE MAÑANA)

**CASA SAN MARCO**  
**SOMOS FABRICANTES**

**700 JUEGO MESA Y SILLAS EN CARMICA O HIERRO**

**98 AFRICANO EN HIERRO Y CUEVO**

**98 OFERTAS VALIDAS HASTA EL 15 DE ENERO**

**Buena calidad... para buenos REGALOS!**

**Av. AGRACIADA 2515/17**

ACTO novísimo para la Sociedad Amigos de Francia, de tan notoria obra cultural desarrollada sin tregua a lo largo de sus bien cumplidos veinte años de existencia, el que termina de realizarse bajo su patrocinio en el Grupo de Artillería Nº 5. Un concurso hípico, civil y militar, por la copa "Liberación de París", gentilmente ofrecida por el embajador de Francia, monsieur Gabriel Bonneau, que lo presenció acompañado por el Ministro Consejero de su Embajada, monsieur Pierre Cabat. En el estrado oficial se hallaban también el Sr. Inspector General del Ejército, general Juan M. Rebollo, el presidente del Centro Militar general Tydeo Larre Borges, el jefe de la Región Militar Nº 1 general Omar Porciúncula, un nutrido grupo de altos jefes militares y numerosas personalidades uruguayas y francesas.

En el hermoso escenario que es en sí el recinto de dicho Grupo de Artillería, situado en el Cerrito de la Victoria, en el cual, pese a la inclemencia del tiempo, tuvo lugar esta lucida manifestación de la acrisolada amistad franco-uruguaya; escenario natural realizado aún en su belleza bajo la experta dirección del jefe de dicho Grupo teniente coronel Erij Jackson y la corporación de oficiales: se desarrollaron exitosamente las distintas pruebas de equitación programadas, las que arrancaron frecuentes exclamaciones de admiración y calurosos aplausos de la numerosa asistencia que rodeaba la pista.

Los resultados del certamen fueron:  
**CATEGORIA NOVICIOS.** 1er. premio: Srta. Katty Friedman (Club Hípico Uru-

guayo); 2º premio: Sr. Pedro Tannembaum; 3er. premio: Srta. L. Vanger.

**PRUEBA DE COOPERACION. CATEGORIA "A".** 1er. premio: Equipo teniente Oscar Fajardo y teniente Mario Zerbi (Centro Militar) ganadores de la Copa "Liberación de París", la que permanecerá en el Centro Militar hasta el nuevo certamen); 2º premio: Equipo formado por la Srta. Socorro Ferrés y el Sr. Oscar Nielsen, del Carrasco Polo Club; 3er. premio, Equipo: mayor Juan Cola y capitán Oscar Silva, del C Militar; 4º premio: Equipo teniente Washington Scala y alférez Fernán Amado, del Centro Militar.

**CATEGORIA "B".** 1er. premio: señor Carlos Altieri, del Carrasco Polo Club; 2º premio: mayor Juan Cola, del Centro Militar; 3er. premio: mayor Juan Cola.

Cabe agregar que, en recuerdo de este simpático acto, quedaron en el Casino de Oficiales del Grupo de Artillería Nº 5, donde fueron gentilmente agasajadas, luego, las personalidades presentes, una placa bien significativa y un hermoso jarrón en cerámica, obra del destacado profesor de la Escuela de Bellas Artes, Sr. Marcos López Lomba. Destacamos aún que la feliz iniciativa de este acto se debe al alférez Edgardo De Biller, secretario de la Comisión de Juventud Amigos de Francia, y miembro de la oficialidad del citado Grupo de Artillería.

**El jinete Sr. Gerardo Bossa, de la categoría "Novicios", cuya actuación fue igualmente aplaudida.**



El jinete Teniente 2º Raúl Moreno, en un salto magistral de uno de los más llamativos obstáculos de la competición.



El gráfico muestra una parte de los participantes en el concurso, en el momento de rendir honores a las autoridades.

# EL HORIZONTE PRE CERAMICO EN ANCÓN

En arqueología se denomina horizonte a la capa estratigráfica que en un plano horizontal nos muestra en una excavación los restos de una ocupación humana del sitio. La sucesión de tales capas y su estudio minucioso constituyen la estratigrafía, base de la arqueología de campo. Las capas más antiguas son los horizontes primarios. Vale la pena decir, que quienes ocuparon un sitio primitivo, estarán representados en las capas inferiores y así sucesivamente hasta alcanzar los horizontes superiores o recientes.

Nosotros hemos dividido los horizontes en Pan-peruanos y Regionales. Los primeros han abarcado toda la costa y parte importante de la sierra, los otros se han de-

fin de llevar a cabo sondeos tendientes a probar la existencia de un período anterior a la cerámica. Debido a una urbanización que no pudo ser detenida por el Patronato Nacional de Arqueología, con imposición de la Municipalidad de Ancón, el área que el Dr. Muelle pensaba excavar se iba a perder. Por esa causa, y considerando la situación de urgencia, se comenzaron de inmediato los trabajos. Se han constituido dos equipos, uno, dirigido por el Dr. Muelle y financiado por la Municipalidad de Ancón. El otro lo dirige Ramiro Matos y los gastos corren por cuenta de la Universidad de San Marcos de Lima. Levanta la estratigrafía de ambos equipos, Caycho Quispe.

El estudio orgánico de las culturas precerámicas o paleolíticas se halla en su período estructural. Hace relativamente poco tiempo que se le presta atención a tan importante ciclo cultural, muy especialmente a la alta antigüedad que tales culturas pueden emitir al ser datadas. Teorías en boga hasta hace poco negaban la alta antigüedad del hombre del Paleolítico americano.

Son pocos los yacimientos arqueológicos de tipo Paleolítico que se hallan en la costa Peruana. Ancón ha mostrado recientemente a los hábiles especialistas un nuevo secreto, su período precerámico. Cuando fuimos invitados a inspeccionar las prolíficas excavaciones que en estos momentos se llevan a cabo, tuvimos el honor de ser de los pocos, ajenos a las mismas, que observaron el horizonte y los materiales representativos de esa arcaica ocupación humana de las playas de Ancón.

Aún no conocemos las características de ese antiguo Hombre Americano, pero sabemos que no conocía todavía las puntas afiladas para las lanzas, que cocinaba calentando piedras y posiblemente arrojándolas dentro de un pequeño foso con los alimentos y que tenía conocimientos muy primarios de la canastería. Posiblemente se trate de un recolector. Hasta ahora faltan los elementos para juzgarle como cazador.

Inmediato, con un intermedio de tiempo que no ha sido especificado, hace aparición en la clara estratigrafía del lugar, el horizonte Pan-peruano de Chavín. En este sencillo planteamiento se juega un importante y largamente discutido problema sobre el Hombre Americano. ¿De dónde salió esa cultura Chavín, que sin un proceso evolutivo se instala sobre el muy primitivo hombre de cultura Paleolítica?

Este proceso se da también en los notables yacimientos de Lauricocha, en la sierra peruana. Sobre el último período Paleolítico, el Lauricocha III, hace clara aparición en el horizonte de la cultura Chavín. Hay por lo tanto un abismo cultural entre lo que se podría llamar el elemento autóctono y las culturas que, portadas por muy pocos hombres, llegaron a través del Pacífico y se difundieron por las zonas más aptas y cercanas a los desembarcos. La irrefutable estratigrafía de Ancón y la clara inteligencia del Dr. Jorge Muelle, pueden aportar datos vitales a estos problemas.

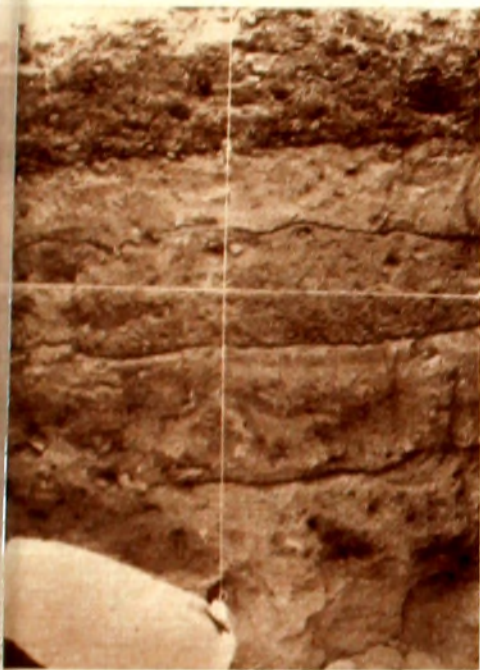
Mientras que el equipo del Museo Nacional de Antropología y Arqueología se dedica a ese nivel u horizonte Paleolítico, el equipo de la Universidad de San Marcos estudia la relación estratigráfica del área del precerámico que perfora el Dr. Muelle con los pozos que realizarán los arqueólogos norteamericanos G. Willey y Laning en sitios chavinoides, para poder comprobar la relación entre los estratos y la superposición de fases dentro de cada uno de los estilos. En la actualidad, superada casi esa etapa, se analiza el desarrollo local y las influencias foráneas dentro de la tradición de cada estilo.

Especialistas de fama, en un área de gran interés, prometen serios aportes a la ciencia de la investigación arqueológica en lo referente a origen y antigüedad de las culturas precolombinas.

Raúl CAMPA

Ancón, noviembre de 1960.

(Especial para EL DIA)



Vista del corte estratigráfico donde se observa claramente la sucesión de capas. La quinta a contar desde la superficie es la representante del período Paleolítico en Ancón. (Foto del autor.)

desarrollado en el lugar de su nacimiento y en muchos casos se han extendido a algunos valles adyacentes, tal como lo hicieron los Mochicas.

En las cercanías de Lima, en los arenales frente a Ancón, que es el balneario de mayor importancia del país, se viene excavando desde los comienzos de la arqueología, ya que se considera a las necrópolis de Ancón como lugares de excepción. Allí, en clara estratigrafía, se han localizado no sólo los horizontes Pan-peruanos, sino también horizontes regionales de valles muy distantes.

Max Uhle, el padre de la moderna arqueología peruana, presentaba ya en el Congreso de Americanistas realizado en Londres en 1912, un trabajo sobre Ancón y sus secuencias estratigráficas. Desde entonces hasta la fecha se ha estado trabajando en la región y el nombre de preclaros especialistas se halla estrechamente ligado a ella.

Desde el horizonte Inca, o sea desde la última ocupación humana del lugar por una cultura precolombina, en definida sucesión hasta el arcaico Chavín, se han localizado en el área restos que indican la presencia de esas culturas en el lugar. Ultimamente, el arqueólogo E. Tabio y sus colaboradores descubrieron otro ciclo cultural del que no se tenía noticias. La cultura de Paracas, que presenta dos divisiones, de las cuales la más antigua se denomina "Cavernas de Paracas" y la que le sucede se conoce por "Necrópolis de Paracas", había sido localizada en la región sólo en su segunda fase. Hoy día, mediante las investigaciones de Tabio se conoce un amplio horizonte representativo de ese período cultural.

Pero el motivo que nos guía a escribir esta comunicación no es el de relatar la historia de las investigaciones pasadas en Ancón, sino lo que sucede en estos momentos. Desde hacía unos años, el doctor Jorge Muelle, Director del Museo Nacional de Lima, planeaba una excavación en Ancón, con el



Vista general de una de las áreas de excavaciones en Ancón. Al centro, el Director del Museo Nacional, Dr. Jorge Muelle con J. E. Salinas. (Foto del autor.)



Particular del área de excavaciones en Ancón que dirige Ramiro Matos para la Universidad de San Marcos de Lima. En el fondo, el autor. (Foto del autor.)



**N**O se deja la barba ni fuma habanos. Ni se ha declarado — por lo menos hasta el presente — “benefactor de la humanidad” ni atenta contra la vida de los presidentes democráticos. Ni es dictador de Nicaragua ni Paraguay — países a los que no conoce — y, por ahora, ni está confabulado con la iglesia, ni aplica el garrote vil. Tampoco bebe vodka para luego decir chistes groseros. Sin embargo, tiene un rasgo común con los componentes de la ingrata caterva que hemos descrito: es un tirano.

Desde que vino al mundo él es el soberano de un pequeño apartamento, habiendo desplazado por completo mi autoridad. Hasta el 20 de agosto yo era el Presidente de la comunidad que formamos con mi esposa, aunque ella desempeñaba, por supuesto, el Ministerio de Hacienda... Ahora, las cosas han cambiado. El golpe de Estado se produjo exactamente a las 14 y 40 de aquel sábado luminoso y alegre. Y desde ese momento, el País de mi Casa tiene un dictador — su excelencia Claudio San-

tiago —, una Ministro de Hacienda — que por supuesto sigue siendo mi señora — y un proletariado oprimido, que soy yo.

Os preguntaréis quién es Claudio Santiago, de qué métodos se valió para introducirse en mi casa y que si hubo guerra civil cuando me derrocaron.

Vayamos por partes. Claudio Santiago no es ni hombre, ni mujer, ni niño, ni nada. Es simplemente un bebé de pocos días, que con manecitas de algodón se araña el globo de sus mejillas; que tira el chupete al suelo; que duerme cuando todo el mundo está despierto y se despierta cuando todo el mundo duerme.

¿Que cómo se introdujo en mi casa? Pues ni llamó a la puerta, ni pidió albergue. Se introdujo de una manera sutil y taimada, puso en juego una inteligencia poco común y se hizo hijo mío. Porque él, profundo sicólogo, sabía bien que si se me apersonaba y me decía: “Soy Claudio Santiago y quiero vivir aquí”, yo le hubiera cerrado la puerta en su nariz, pues en el País de mi Casa no se aceptan ni embajadores, ni asilados políticos. Yo, como presidente, tenía razones para pensar así. No es que niegue las virtudes de la diplomacia, pero tengo experiencia. Hace muy poco, del País de mis Tíos vino en visita de cortesía “por el fin de semana” una delegación integrada por los dos primeros mandatarios en compañía de sus tres herederos, que no reunían en total más de 13 años. El “fin de semana” se trocó en “una semana sin fin”, al cabo de la que, las arcas estaban exhaustas, la Ministro de Hacienda amenazó con renunciar por mi mala administración — y eso que si bien durante ocho horas diarias yo “recaudaba los impuestos”, mi Ministro no me daba oportunidad de invertir el dinero en nada útil ni inútil — y el mobiliario — aún sin estar enteramente pago — quedó en ruinas.

En fin, que como Claudio Santiago me oyó hablar — porque aunque por entonces no le veía, notaba su presencia, dado el cambio de carácter y de vestidos de la Ministro de Hacienda —, tomó nota de mi firme decisión de no admitir más extraños en mi casa.

Y recurrió a la genial estratagema de hacerse hijo mío. ¿Cómo no dejarlo entrar?

Desde mucho antes del 20 de agosto, yo me dí cuenta de la confabulación que existía entre él y la Ministro de Hacienda.

— Voy a comprar cigarrillos — le comunicaba a la Ministro que además, como no podía ser de otra manera, era Jefe de Policía.

— Compra de los baratos — me contestaba.

— ¿Por qué? Esos no me gustan...

— Claudio Santiago va a precisar rebozos.

Y cada cosa que se me ocurría — café, libros, revistas, etc. —, se estrellaban con contestaciones idénticas: que rebozos, que pañales, que guantes...

Por fin vino Claudio Santiago. En honor a la verdad, debo confesar que no demostré mayor prisa, seguramente porque no ignoraba que ya estaba todo preparado para su cuartelazo. Tres días y tres noches que se me hicieron interminables en un sillón de la sala de espera, acabaron con mis nervios. Yo lo aguardaba porque quería defender mi magistratura: estaba dispuesto a enfrentarlo y vencerlo. Volví a cometer un tremendo error al subestimar su inteligencia. Conforme tuvo la habilidad de hacerse hijo mío para entrar en mi comunidad, se dio cuenta de que una guerra de nervios acabaría conmigo. Cuando ya estaba agotado, demacrado, muerto de sueño, de frío, de hambre, de sed... se le ocurrió venir.

Entonces la suerte del combate quedó echada.

De ordinario, cada vez que vi recién nacidos, me parecían iguales: iguales de feos, de chicos, de inútiles, de comilones y de llorones.

Claudio Santiago — hay que reconocer sus méritos — también pensó en este detalle. Lo miré un segundo en silencio. Y en ese segundo, en una lucha incruenta, me desalojó del poder. Porque Claudio Santiago tiene una gracia tal, una simpatía — que si es feo — para mí, sinceramente, tiene un perfil digno de Fidias, esas virtudes lo disimulan. Sus ojazos que siempre se están moviendo, no dan ninguna sensación de pequeñez. Sus luchas por la posesión del chupete son un mentís rotundo pa-

ra los que quieren llamarle inútil. Como lo normal, como no podía ser de otra manera. Y si os dicen que Claudio Santiago llora, lo están difamando porque es incapaz de turbar la paz del sanatorio, como yo oí que lo hacían otros recién nacidos, seguramente producto de la pésima educación que han recibido.

Pues bien, como digo, esa fue la impresión de un segundo. Y yo pensé: me ha quitado el poder un gran hombre.

Sin embargo, Claudio Santiago demostró hasta dónde llega su astucia. Cuando cumplió cinco días de vida, se instaló en su puesto de Gobierno del País de mi Casa. Los tres habitantes estábamos allí, pasando el tiempo. Como sentía calor, abrí una ventana mientras la Ministro de Hacienda preparaba el menú real. Luego, me tiré en la cama a leer, como lo he hecho otras mil veces. Cuando la novela policial llegaba a su punto culminante, un grito me puso los pelos de punta:

— ASESINO.

Era la Ministro, que agregó al tiempo que cerraba la ventana:

— Pero, qué pretendes, ¿matar a tu hijo con las corrientes de aire?

— Pero, mujer... — alcancé a balbucear. Y en gesto conciliatorio, me dirigí a la cuna de Claudio Santiago. Pretendí hacerle una caricia, para demostrarle a ella que no me animaba ninguna mala voluntad para con él.

Y él, que aunque se hace el dormido está siempre atento a todo, no bien sintió mi aliento rozar su cara, abrió los ojos y me dijo en la mirada: “¿Con que ahora pretendes librarte de mí?”

Levantó una manecita queriendo expresar algo así como “Ahora verás”. Y a continuación soltó un berrido de tal magnitud, que presumo hasta detuvo el tráfico. La Ministro, que había dejado la habitación y se dedicaba a sus menesteres, volvió pálida y jadeante.

Justamente en ese momento pretendía yo tomar a Claudio Santiago y estiraba las manos hacia la cunita.

Vaya a saber uno qué presumió la Ministro acerca de mis intenciones, que se dio a un llanto desconsolado. Lloraba el dictador, lloraba la Ministro, en fin, que aquello era un infierno.

Demás está que os diga, que a partir de aquel momento y hasta el presente, estoy tratando de demostrarles a ambos que no soy un mal hombre. Y me he vuelto, en consecuencia, un esclavo de sus caprichos...

El, se ve, está convencido que yo no tengo derecho a descansar. Cada vez que me siento a leer, llora. Cuando pretendo dormir, llora. Lloro siempre, de mañana, de tarde, de noche. Lógicamente, para poder realizar tremendos esfuerzos, come. Entre llanto y llanto, come. A toda hora.

Entre las cinco y las seis de la mañana, cuando se cansa, yo empiezo a dormir. No obstante, a las 6 y 10, sueña el despertador: debo ir a la cola de la leche, traer su ración diaria, y luego voy a “recaudar impuestos” durante ocho horas...

Entonces, él se duerme. Cuando siente mi llave horadar la cerradura, se encrespa en la cuna y se dedica con gran afán al llanto.

Estoy sometido por un cruel tirano. Claudio Santiago ha hecho de mi País su feudo.

Ahora duerme. Pensándolo bien, no es tan llorón. Lógicamente, tiene que llorar un poquito. Oh, oh, se ha despertado. Tengo que dejar de escribir. Miren, miren cómo se ríe. Me estira los bracitos para que le haga “upa”. ¡Qué suave que es! No, no hay otro como él. Es único. Mi suegra dice que se me parece y yo pienso que es mi retrato.

Claudio Santiago gobierna desde hace 15 días. Su poder crece a cada hora.

Se ha vuelto a dormir con un mohín tan ingenuo, qué mueve a una infinita ternura. Me preguntáis:

— ¿Que cuándo me voy a librar de él?

Y yo es respondo:

— Cuando se introduzca en el País de mi Casa — que ahora es de él — otro tiranuelo, y estoy dispuesto a aceptar hasta la regencia de alguna pequeña emperatriz...

J. C. PABLAN

(Especial para EL DIA)

(Dibujo de Van)



# Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS



Y, TARZAN, NOS  
VAMOS AHORA?

ESPERA, HUMO.  
TE DIRE CUANDO.



POMPUS. NO TOQUE  
ESA FLECHA. CUIDA-  
DO CON EL VENENO.

NUEVAMENTE TARZAN TUVO QUE TOMAR UNA RÁPIDA DECISIÓN: EL HOMBRE QUE EL ODIABA HABÍA SIDO HERIDO, TAL VEZ, FATALMENTE. ERA MUY FÁCIL PARA HUMO ROMPER LOS BARROTES DE LA JAULA, PARA ESCAPAR. PERO, HUIR SIN TRATAR DE SALVAR LA VIDA DE POMPUS? LA DECISIÓN DE TARZAN FUE INSTANTÁNEA...



AYUDAME, RÁPIDO, JOE. ESTOY...  
MALAMENTE HERIDO.

PERDÓNEME, JEFE. ME  
EQUIVOQUÉ Y LANCE  
LA FLECHA.

AS CÁMARAS DE I.B.  
POMPUS FILMARON UN  
DRAMA IMPROVISA-  
DO, CUANDO ESTE FUE  
HERIDO ACCIDENTAL-  
MENTE POR UN "EXTRA"  
QUE TENÍA QUE ACTUAR  
COMO UN SALVAJE DE  
LA TRIBU.



ROMPELOS, HUMO, PERO  
MANTENTE CERCA DE MÍ.



AYÚDAME A CORRER LIGERO,  
TARZAN, ASÍ NOS ALEJAMOS  
PRONTO.

NO. ITO. NO NOS ALEJA-  
REMOS. HAZ LO QUE TE  
DIGO!



EL HOMBRE QUE NOS ENCIERRO ESTÁ  
MAL HERIDO. HUMO. YA NO ES MÁS  
NUESTRO ENEMIGO.



MIRA. NICK! HAN ROTO LAS  
JAULAS... VIENEN... A LIQUI-  
DARME... HAZ ALGO, NICK!

BILL  
ELLIOTT  
JOHN



Nutre,  
vigoriza,  
fortalece.

# TODDY

No tiene,  
ni puede  
tener similares.



Les deseamos  
que como de una  
caja de sorpresas  
surjan la felicidad  
y prosperidad  
en

